

Invitados a la boda

Acabamos de celebrar la Navidad, durante la cual hemos contemplado de cerca el «desposorio» de Dios con la humanidad. El Hijo eterno ha sido enviado al mundo por el Padre y ha tomado carne del seno virginal de María, que ha permanecido virgen para siempre. Esta cercanía de Dios a los hombres, hasta el punto de hacerse hombre y entrar en la historia de los hombres, es considerado en la Palabra de Dios y en la Tradición de la Iglesia como un desposorio, al que todos estamos invitados. Todos somos protagonistas e invitados a esta boda.

La vida cristiana no es algo aburrido, rutinario, no es más de lo mismo siempre. La vida cristiana se parece más a la relación de dos enamorados, en donde todo es nuevo cada día, aunque cada día haya que hacer las mismas cosas. Dios continúa acercándose al hombre, Dios busca al hombre apasionadamente. Nosotros muchas veces nos hacemos los locos, estamos distraídos en mil cosas, no percibimos que el Amor quiere entrar en nuestras vidas, y lo buscamos en donde no podremos encontrarlo. Cuando caemos en la cuenta de ese Amor que lleva esperándonos tiempo y tiempo, podemos exclamar con san Agustín: «Tarde te amé, o verdad tan antigua y tan nueva, tarde te amé...».

El evangelio de este domingo nos presenta las bodas de Caná, a la que estaban invitados Jesús y su Madre con los discípulos. Jesús llevó a aquella casa, a aquellos novios y a aquellos invitados la alegría que llegó a faltarles, cuando se les acabó el vino. Toda alegría de este mundo, por muy buena que sea, se acaba. Todo se acaba en este mundo. Jesús viene a darles un vino que es el mejor, y que llena de alegría permanente el corazón del hombre. Jesús ha venido a darse él mismo en su muerte y resurrección, prolongado en el misterio de la Eucaristía.

El don de Jesús a cada uno de nosotros es algo que no se acaba nunca. Al concluir los días santos de la Navidad, podemos decir que lo mejor que nos ha sucedido en nuestra vida es haber conocido a Cristo, nuestro Señor. Él se presenta como el esposo de unas bodas en las que nunca faltará el vino de la alegría. No se trata de una alegría bullanguera y externa, que también se acaba. Se trata de la alegría de haber encontrado «el amor de mi alma» (Ct 3,1-4), que

nadie podrá arrebatarnos, ni siquiera la muerte. Haberse encontrado con Jesucristo produce una alegría que ya no acabará nunca, porque es una alegría para toda la eternidad. Esto es la Navidad. Cuando la Navidad se celebra cristianamente, no deja resaca. Cuando la Navidad se celebra sin Dios, la cuesta de enero se hace insoportable.

En estas bodas y en este desposorio, María tiene un puesto muy importante. Ella está pendiente de las necesidades de aquellos novios, a los que les faltó el vino. Ella está pendiente de que no nos falte a nosotros la alegría que su Hijo divino ha venido a traernos. Ella, al mismo tiempo, le presenta a su Hijo las necesidades de los hombres y le suplica: «No tienen vino». Jesús ha querido asociar a su madre a la obra redentora, y este encuentro personal de cada uno con él, se realiza siempre con la mediación e intercesión de María, su madre y nuestra madre.

El cristiano es testigo de esta alegría en medio del mundo, de nuestro mundo que tantas veces camina triste y sin esperanza. La Iglesia, a través de todos sus cauces, sólo pretende que cada persona se encuentre con Jesucristo. No impone a nadie lo que ella vive. Lo propone a todos. Pero en esta propuesta es muy importante la convicción y el entusiasmo que pone aquel que ha encontrado «el amor de mi alma» en Jesús el Señor.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández